

naba todo el espacio, encontrándose en todas partes á la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerle; la enorme barricada sentía su acción.

Molestaba á los transeuntes curiosos, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, ponía de buen humor á unos, daba aliento á otros, encolerizaba á algunos y movía á todos; pinchaba á un estudiante, mordía á un obrero; se paraba, volvía en seguida á su faena, volaba por encima del tumulto; saltaba de éstos á aquéllos, murmuraba, zumbaba, y hostigaba á todo aquel tiro; era la mosca del inmenso coche revolucionario.

En sus pequeños brazos estaba el movimiento continuo, y en sus pequeños pulmones el perpetuo clamor.

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más barriles! ¡Más trastos! ¿Dónde los hay? Una pellada de yeso para tapar este agujero. Es muy baja esa barricada; es preciso que suba más. Poned, poned ahí, echadlo todo, arriba con todo. Deshaced la casa. Una barricada es una tetera chinesca. Tomad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hijo exclamar á los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, túbérculo.

—Los tubérculos sois vosotros,—respondió Gavroche.—Una puerta-vidriera en una barricada, es cosa excelente; no impide el ataque, pero es un obstáculo más para tomarla. ¿No habeis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascos de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! El vidrio es muy traidor. ¡No teneis imaginación desenfrenada, amigos míos!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo. Iba de uno á otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no me dan un fusil?

—¡Un fusil á tí!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche.—¿Por qué no? ¡Bien tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolrás se encogió de hombros diciendo:

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los muchachos.

Gavroche volvió la cabeza con altanería, y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cojeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolrás.

—¡Boquirrubbio!—replicó Gavroche.

Un elegante descarriado que pasaba curioseando por el extremo de la calle, vino á distraerles.

Gavroche le gritó:

—¡Venios con nosotros, joven! Pues qué, ¿no se ha de hacer nada para la vieja patria?

El elegante se escabulló.

V

Los preparativos.

Los periódicos de aquel tiempo, que dijeron que las barricadas de la calle de la Chanvrière, aquella "construcción casi inexpugnable," como la llamaban, llegaba á la altura de los primeros pisos, se equivocaron. No pasaba de seis ó siete piés, término medio.

Estaba construida de manera que los combatientes pudiesen, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aún subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines sobrepuestos, y colocados á manera de gradas interiormente.

Por fuera, el frente de la barricada, compuesta de pilas de adoquines y de toneles, unidos por medio de vigas y tablas que se encabestraban en las ruedas del carro del calero Anceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inextricable.

Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba espacio suficiente entre el extremo de la barricada más apartado del bodegón y las casas, de modo que era posible hacer una salida.

La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja flotando sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondetour, oculta detrás de la casa del figón, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto.

Enjolrás y Courfeyrac no habían creído conveniente hacer otra en el segundo extremo de la calle Mondetour, que abre paso á la calle de Predicadores para salir al mercado, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo poco el ser atacados por la peligrosa y difícil callejuela de los Predicadores.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folar en su estilo estratégico hubiera llamado ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle de la Chanvrière, el interior de la barricada, en que el figón hacía un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes.

Había unos veinte pasos de intervalo entre el muro de la barricada y las elevadas casas que formaban el fondo de la calle; de modo que se podía decir que la barricada estaba apoyada en aquellas casas, todas habitadas, pero cerradas de arriba á bajo.

Toda esta obra se hizo sin el menor obstáculo en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo ni una bayoneta.

Los pocos paisanos que se atrevían á pasar en aquel instante del motín por la calle de San Dionisio, daban una mirada á la calle Chanvrière, veían la barricada, y apretaban el paso.

Terminadas que fueron las dos barricadas, y enarbolada la bandera, se sacó una mesa fuera del bodegón y se subió en ella Courfeyrac.

Enjolrás trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos, y Courfeyrac le abrió.

Cuando aparecieron los cartuchos, temblaron los más valientes y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer más con las balas que se estaban fundiendo en el bodegón.

En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; y se guardó en reserva.

El toque de llamada que recorría todo París no cesaba, pero había acabado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso; un ruido que se aproximaba, ó se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, sin precipitación, con gravedad solemne.

Enjotrás colocó tres centinelas fuera de las barricadas; uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la Petit-Truanderie.

Construidas las baricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, colocados los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, donde no palpitaba el menor movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya en medio de aquella obscuridad y de aquel silencio en que se sentía avanzar algo que tenía cierto sabor trágico y terrorífico, aislados, armados, resueltos, y tranquilos, esperaron.

VI

Esperando.

Durante aquellas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso decirlo, porque ello pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; mientras una gran cacerola llena de estaño y plomo fundido para la fabricación de balas, humeaba sobre un hornillo ardiente; mientras los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras Enjotrás, á quien nada podía distraer, cuidaba de los centinelas; Combeferre, Courfeyrac, Juan Provairé, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros, buscaron y se reunieron como en los días más pacíficos de sus conversaciones estudiantiles, y en un rincón de aquella taberna convertido en casamata, á dos pasos del reducto que habían construido, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de su silla, aquellos jóvenes, tan próximos á una hora suprema, se pusieron á entonar versos amorosos. ¿Qué versos? Hélos aquí:

¿Te acuerdas tú de aquella dulce vida,
Cuándo tiernos y jóvenes los dos,
Sin agitar el pecho otras envidias
Que del bien parecer y del amor;

Que sumando tus años á los míos
La suma á los cuarenta no alcanzó,

Y que en nuestra morada, dulce nido,
En primavera, invierno se trocó?

¡Oh, qué tiempos! Manuel sabio y valiente,
París santos banquetes celebraba,
Foy lanzaba sus rayos, y en tu berta
Había un alfiler que me pinchaba.

Todos te contemplaban. Yo abogado
Sin pleitos, á comer te convidaba
Al Prado, y tú estabas tan hermosa
Que por verte sus flores se agitaban.

Yo las oí decir: ¡Cuánta hermosura!
¡Cómo perfuma su cabello el aire!
Bajo su manteleta alas esconde,
Es su sobre la corona de angel.

Vagábamos los dos unidos siempre,
Y las gentes pensaban al mirarnos
Que el amor en nosotros desposaba
El tierno abril con el florido mayo.

Saboreando solos, sin testigos,
Aquel fruto dulcísimo vedado,
Nunca mi boca formuló un deseo
Que por tu corazón fuera negado.

Fué la Sorbona el sitio donde siempre
Te adoraba la noche y la mañana,
Que es así como una alma tierna aplica
Su latin amoroso sobre el mapa.

Cuando en el cuarto aquel la primavera
¡Oh plazas de Maubert y del Delfín!
Alisabas tu media transparente,
Un astro vislumbraba en el confín.

Mucho leí á Platón, y ya nada me falta
Mejor que Lomennais y que Malebranche.
Tú la bondad celeste me mostrabas
Con una flor que me quisieras dar.

Te obedecía yo, y estabas tú sumisa.
¡Oh dorado desván! donde desenlazaba
Tus cintas, contemplándote en camisa
En el espejo en que te retratabas.